

¿colectar o comprender?

Estudio de caso a partir de las colecciones etnográficas del Museo Nacional de Colombia

Aura Lisette Reyes¹

Freie Universität Berlin, Alemania
aura.l.reyes@gmail.com

Los ejercicios colectores relacionados con los campos museales son configurados de acuerdo a los contextos sociohistóricos en los que estos se insertan; de esta forma las razones, procesos y actores que hacen parte de este ejercicio se modifican a lo largo del tiempo, asimismo los acervos museales no son permanentes, más bien son espacios de recuerdo y olvido, donde los objetos se constituyen como tales, construyen ciertas identidades, son reinventados u olvidados. A lo largo del presente documento se realizará una reflexión sobre el acervo etnográfico del Museo Nacional de Colombia, especialmente a partir de la constitución de dicha colección hacia finales del siglo XIX e inicios del siglo XX; en el año de 1881 Fidel Pombo realizó el primer catálogo de las colecciones bajo la solicitud del gobierno, en concordancia con la designación de una función patriótica para el espacio museal; en la década de los años treinta se crearon museos independientes que separan los acervos en diferentes instituciones, en 1931 se creó el Museo Nacional de Etnología y Arqueología coincidiendo con estos cambios y una serie de reestructuraciones en la configuración de la gestión cultural. Se analizarán brevemente entonces los mecanismos de colección, los actores y las identidades representadas en los procesos de musealización.

El análisis de los objetos a través de sus procesos de musealización permite entenderlos más allá del sentido expositivo que puede ser depositado en estos en contextos determinados, ya Zbyněk Stránský menciona como

[...] a través de su ingreso a otro contexto y merced a los procesos de selección, tesaurización y presentación, se opera en él un cambio de estado: de objeto de culto, objeto utilitario o delectación, de animal o de vegetal (léase como de una cosa insuficientemente determinada para poder ser conceptualizada como objeto), en el interior del museo se transforma en testimo-

1 Este documento hace parte de las reflexiones que acompañan la investigación doctoral ya culminada, agradezco el apoyo de las personas que hicieron posible la consulta de la documentación de archivo y las reservas de las colecciones en el Museo Nacional de Colombia: Antonio Ochoa, Margarita Reyes y Deisy Perilla; asimismo a las conversaciones con Clara Isabel Botero, Héctor García, Héctor Llanos y Roberto Pineda C., quienes nutrieron parte de las reflexiones acá presentadas.



no se transforma en testimonio material o inmaterial del hombre y de su medio ambiente, fuente de estudio y de exposición, adquiriendo así una realidad específica (Stránský citado en Desvallées & Mairesse 2009: 50-51).

Partiendo de los múltiples niveles y dimensiones que operan en los procesos de musealización, el espacio museal al cual se accede como público está fundado sobre la verosimilitud, en este campo se entrecruzan discursos y valores, una mistura de sentidos que no son del todo explícitos para quien flanea o deambula por sus salas; de allí que los caminos por medio de los cuales nos aproximamos a este pueden ser múltiples, andándolo de forma laberíntica.

Hace aproximadamente 15 años inició un proceso de revisión del guión del Museo Nacional de Colombia, el cual contaba con décadas de exposición, el proyecto dirigido por Teresa Cuervo en los años cuarenta modificó el nombre de Museo Histórico a Museo Nacional de Colombia y reorganizó la estructura de la institución en las siguientes secciones:

1. Prehistoria; Arqueología, Etnografía, Orfebrería, Cerámica, etc. 2. Ciencias naturales; Zoología, Mineralogía y Botánica. 3. Historia del descubrimiento; Colonia, Independencia y República. 4. Bellas Artes; Pintura general, escultura, acuarela, grabado, miniatura, etc. 4. Variedades; Salas destinadas a perpetuar la memoria de hombres notables de Colombia: Departamentos de Iconografía; Muebles, Porcelanas, Tapices, encajes, abanicos y objetos de interés nacional; Folklore Nacional. 6. Departamento de Biblioteca y Salón de Lectura. 7. Departamento de ventas de catálogo del Museo, libros, folletos, postales y fotografías.

Para la realización de este Museo, es necesario incorporarle los Museos de Arqueología, de Ciencias Naturales y de Bellas Artes, que funcionan hoy separadamente (Cuervo citada por Segura 1995: 321-322).

Esta reorganización del museo permitió generar un proceso de memoria un poco más detallado sobre sus acervos y colecciones, dado que reunió aquello que había estado migrando de sede a sede a lo largo del siglo XIX e inicios del siglo XX, asimismo se estableció en la sede del edificio del Panóptico, el cual continúa siendo el espacio del museo y gran parte de sus colecciones. Hoy en día, al acercarse a las reservas del Museo en búsqueda de los testimonios de las colecciones etnográficas, se reconocen algunos de los múltiples espacios en los que se han insertado estos objetos, algunos de ellos pueden llegar a tener hasta cuatro números de registro e incluso ser identificados como ‘por identificar’; en las bases de datos, se reconocen los años cuarenta como un punto claro que se relaciona con las expediciones y comisiones de investigación realizadas con el Instituto Etnológico Nacional.² Aun así, una mirada hacia el pasado de estas colecciones

2 El tema de estas comisiones y las colecciones que se produjeron a partir de ellas no será tratado en este artículo, dado que es un tema extenso. Algunas referencias sobre la Escuela Normal Superior y el Instituto Etnológico Nacional se encuentran en: Chaves (1986); Dussán de Reichel (1984); Pineda C. (1998); Pineda Giraldo (1999).

es poco visible, dado que la configuración de los campos museales es muy diferente a los de los años cuarenta, estos últimos se encuentran claramente articulados con la normalización disciplinaria, la generación de programas académicos y una serie de acciones frente a la gestión de la cultura, los objetos colectados en esos años adquirieron su valor museal como parte de este campo.

Ahora, el hecho que se reconozca un acervo para esta época no quiere decir que décadas atrás no existiera, más bien, hace parte de otros procesos de musealización que no contemplaban los factores mencionados previamente y que atendían a otros intereses en el campo museal en el cual obtuvieron un valor museal. En esta medida se hará un ejercicio de reflexión sobre estos a continuación.

El Museo de Historia Natural fue fundado en el año de 1823 al lado de la Escuela de Minas, unos pocos años después de las proclamas de independencia del país de la corona española; inicialmente buscaba tener un carácter pedagógico, dado que para una naciente nación era primordial crear instituciones en las que se construyera y representara el sentido nacional. Ya María Paola Rodríguez menciona como “[l]a prééminence de ces institutions et l’association des deux établissements – musée et école – suggèrent que la recherche, l’expérimentation et l’éducation sont des éléments constitutifs du développement et du progrès du pays, essentiels à la construction de la nation” (Rodríguez 2013: 295).

En esta medida los acervos que fueron constituyéndose correspondieron a los ideales patrios de las elites gobernantes, llegaron entonces testimonios de las guerras independentistas y recuerdos que fueron consolidando una memoria de unos pocos como una memoria nacional.

En este artículo se realizará un breve análisis sobre la constitución del acervo etnográfico de este Museo hasta inicios del siglo xx, acercándose a los lugares que fueron otorgados a este tipo de objetos y los discursos que se asociaron durante su inserción en el espacio museal de aquel entonces. A lo largo del tiempo se modificó la comprensión del objeto, pasando de ser considerado como una curiosidad, a una antigüedad o reliquia, a finamente adquirir el estatus de etnográfico (véase también Pineda C. en este tomo); estos cambios nominales hacen parte de la forma como es modificado el estado del objeto de acuerdo a los procesos de selección, tesorización y presentación.

Se analizan entonces tres momentos, presentándolos como espacios analíticos que permiten comprender las transmutaciones de los objetos, aunque se advierte que es una propuesta que no corresponde al establecimiento de una periodización, dado que en algunas ocasiones estos espacios son simultáneos en el tiempo. Los dos espacios sugeridos son: la curiosidad y los acervos patrios, la disciplinización del objeto y las prácticas científicas.

Primer espacio, la otredad como curiosidad

A partir del análisis de Rodríguez sobre de la correspondencia³ de la comisión que fue contratada por el ministro plenipotenciario Francisco Antonio Zea, se evidencia que desde 1895 se reconocía la existencia de colecciones mineralógicas, zoológicas, arqueológicas, etnológicas y de arte (Rodríguez 2013); aun así, el valor que les asignado es el de curiosidad:

El museo en su infancia posé ya algunas cosas raras; las siguientes son las principales. Una colección de minerales arreglada según el sistema del celebre Hüy [...] La mayor parte de estos minerales vienen de Europa y de otras partes muy remotas. Tienen algunos pedazos de hierro meteorico encontrados en diferentes partes de la República y analizados por los señores Rivero y Boussingault. Muchos huesos de animales desconocidos sacados en Suacha que son muy curiosos por su tamaño. Una momia encontrada cerca de Tunja con su manta bien conservada, y se supone debe tener más de 400 años [...] (*La Gaceta* [1824] citada por Rodríguez 2013: 355).

A pesar que el museo surgió al lado de la expedición dirigida por Zea, de la cual aún quedan grabados, documentos y algunos objetos que se usaron, los cuales hacen parte del acervo de la colección de historia; durante las primeras décadas del museo, los procesos de adquisición se encontraban relacionados con donaciones o intercambios que realizaban con otras instituciones, mientras que la adquisición a través de expediciones o misiones de gran envergadura fueron una práctica tardía.

La construcción de una historia patria fue el discurso bajo el cual se dieron los procesos de musealización de estos primeros objetos del Museo, entre ellos llegó un *acso*⁴ que fue considerado durante muchos años como el manto de la mujer de Atahualpa, aun así, su ingreso estuvo marcado por marcar una importancia de las batallas libertadoras en la historia nacional, como se menciona en la *Gaceta de Colombia* 1826:

Ha sido depositado en el museo nacional el manto ò acso de la reina mujer de Atahualpa que el Gran Mariscal de Ayacucho envió al director de este establecimiento con el siguiente oficio.

Ejercito Libertador – Cuartel jeneral en la Paz à 12 de setiembre de 1825 – 15º. Al señor director del muséo de Bogotà. Señor director: me es muy agradable remitir á VS. El manto ò acso de la reina mujer de Atahualpa que hé podido conseguir como un monumento de antigüedad digno del museo de la capital de Colombia, y mucho mas digno despues que las tropas de nuestra patria han vengado la sangre de los inocentes Incas y libertado su antiguo imperio. [...] Antonio J. de Sucre (*Gaceta de Colombia* 1826).

3 En este caso, Rodríguez se refiere particularmente a las cartas dirigidas a Humboldt y Brongniart remitidas por Rivero.

4 Según Olga Isabel Acosta y María Catalina Plazas la palabra *acso* proviene de una aclaración que realizó el Mariscal Antonio J. Sucre, quien “[...] traduciría la palabra del quechua *acso* como un manto en castellano. Justamente esta última lectura pudo tener mayor auge en el Museo Nacional” (2011: 8).

Con esto, el valor que adquiere como pieza museal se relaciona con varios elementos: por una parte, quien dona el objeto en el año de 1825 es el Mariscal Sucre, a quien se le sigue reconociendo como ‘prócer de la Independencia’, por otra parte, su valor en el discurso nacionalista que se configuraba en aquel entonces era el dar cuenta de lo ‘americano’; el conjunto de piezas que remitió Sucre da cuenta de ello, pues el manto se encontraba al lado de cinco banderas del regimiento español y el estandarte de Pizarro (Acosta & Plazas 2011). Ahora, en estos tres elementos se representan tres espacios de poder que fueron elementos de los discursos patrióticos: la corona española, los próceres como aquel poder que se legitima y lo indígena, los ‘imperios’ que son emancipados por la acción de las campañas libertadoras; de allí que se le designara como el manto de la mujer de Atahualpa, éste último considerado el último gobernante del imperio incaico, a quien se le ha reconocido un papel fundamental en la construcción de las historias americanas. A pesar que posteriores investigadores dieran cuenta que el manto probablemente no correspondía a la persona que se menciona (Acosta & Plazas 2011), esta nominalización le permitió ingresar en el espacio museal de la época que buscaba construcción de un discurso nacional que lo indígena estuviera subordinado al discurso independentista.⁵

A lo largo del siglo XIX, aunque se reconocía la existencia de diferentes colecciones en el Museo, la ausencia de un catálogo que las clasificara, correspondía con el valor museal de las mismas en el campo, donde primaba la asignación discursiva.⁶ La elaboración del primer catálogo del Museo Nacional se realiza durante los gobiernos regeneracionistas y conservadores de finales de siglo, los que se caracterizan por el fortalecimiento de un discurso nacional que giraba en torno a la búsqueda de la ‘unidad nacional’ con un toque hispanista y patriótico, de allí que Pombo anuncie en el catálogo:

Hoy podrá el público encontrar, con esta pequeña guía en la mano, las banderas más gloriosas de nuestra independencia, algunas reliquias y recuerdos de nuestra historia patria, y también comenzará a conocer los variados objetos de la historia natural del país, tan humildemente representada en el día, pero que irá creciendo y formando colecciones útiles para el estudio y adelanto de estas ciencias entre nosotros (Pombo 1881: 10).

El acervo fue clasificado entonces en dos secciones: Historia (arqueología, curiosidades y pintura) e Historia Natural; en la primera había una subsección denominada “Objetos y curiosidades indígenas”, donde se encontraban:

-
- 5 Vale mencionar que esta pieza actualmente hace parte del acervo de la colección de Historia del MNC, a lo largo de la historia del mismo, los objetos han cambiado sus identidades, siendo migrados de una colección a otra de acuerdo a la forma como se configure el campo museal en determinado momento histórico.
- 6 Vale mencionar que otro valor importante fue el científico, dado que el Museo se encontraba articulado a la Escuela de Minas; en este texto no se ahondará en este aspecto. Al respecto se recomienda: Rodríguez (2013).

Manto de la mujer de Atahualpa, esta preciosa reliquia tiene 348 años, y fue remitida al Museo por el señor General Sucre. Colcha de plumas, fabricada por los indios del Cuzco. Ídolos y vasijas de barro. Un cincel y un huso de pedernal. Cajas de guardar flechas y saetas. Cerbatanas, 6 armas para la caza de ciervos. Arcos de disparar flechas. Flechas armadas de puntas de hierro, de macana y de guadua. Dardos e instrumentos de música. Cuatro vasijas que contienen curare, ó veneno para las flechas. Peine muy curioso. Collar de coco labrado. Íd. de pepas. Brazaletes de dientes de pescado. Adorno de huesos de aves, que traen las indias en la espalda. Penacho de plumas. Cestillas de paja. Cetro de un cacique (Pombo 1881: 12-13).

La noción de ‘orden’ que caracterizaba el discurso conservador de finales del siglo XIX permitió que lo indígena fuera clasificado en el espacio de la curiosidad; con ello se demarcaban simbólicamente los espacios nacionales, teniendo en cuenta que “[l]os territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie en Colombia hacen parte de un escenario global que genera un cierto tipo de geografías políticas que no pueden ser consideradas como ‘geografías físicas’ ni como ‘regiones naturales’, sino como espacios de proyección: son objeto de un proceso de mistificación” (Serje 2005:10).

Lo indígena se debatía entonces en el espacio de la curiosidad museal, percepción que respondió a las estrategias de adquisición de los mismos, las diferentes expediciones y misiones (gubernamentales y religiosas) que se realizaron a lo largo del territorio nacional durante el siglo XIX e inicios del siglo XX. La reorganización territorial que se da luego de los procesos de independencia, llevó a que fuera necesario identificar y demarcar los límites de un paisaje geográfico y social que correspondió con el discurso de reducción y civilización de aquellos o aquello que era considerado como espacio-frontera. En esta medida el ejercicio colector fue llevado a cabo por personas que hacían parte de las entidades de administración local, ya fuese de carácter estatal o eclesiástico, como por ejemplo los misioneros, los ingenieros que hacían parte de las comisiones y expediciones del gobierno, alcaldes, vicarios, entre otros.

A través de los objetos se identificaban y legitimaban fronteras sociogeográficas que correspondieron a los discursos modernizadores (construcción de vías o determinadas infraestructuras en estas zonas) y civilizadores-patrios; de esta forma se convirtieron en testimonios de los procesos de modernización y desarrollo del país, donde no se buscaba comprender el valor cultural que tenían dichos objetos para los contextos de los cual provenían, sino se trataba de inscribirlos discursivamente en una identidad nacional, asignándole un valor testimonial como partícipe de estos procesos; de esta forma ocurre algo similar a lo sugerido por Serje en el caso de “los paisajes y lugares, que son productos sociales gestados a partir de la memoria y la experiencia de grupos concretos, se ven relocalizados en el marco de la integración nacional que busca imponer en el territorio el orden racional del mercado moderno y de los sistemas de interpretación y de manejos que le son inherentes” (Serje 2005: 113-114).

Las expediciones de ingenieros, comisionados por el gobierno y los ministerios, se encontraban relacionadas con la definición de una serie de límites territoriales, la identificación de recursos naturales y la realización de estudios de viabilidad de construcción de vías de comunicación en lo que se consideraba como territorios de frontera.⁷ De esta forma al museo empezaron a ser remitidos testimonios de los recursos de estas regiones que podrían tener un papel relevante en el proceso de modernización del país, porque eran considerados como terrenos potenciales para economías extractivas o para el establecimiento industrias locales que tuvieran alguna relevancia en la consolidación de una economía nacional, incipiente para aquel entonces.

Las zonas de las cuales provinieron algunos objetos fueron: Tamalameque, Arauca, Serranía de los Motilones, Casanare, entre otros;⁸ todas ellas ubicadas en espacios considerados como de frontera, que se caracterizaba por ser zonas de contacto, dado que

[...] pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, relaciones que usualmente implican condiciones de coerción, radical desigualdad e insuperable conflicto. [...] un intento de invocar la presencia conjunta, espacial y temporal, de sujetos –anteriormente separados por divisiones geográficas e históricas– cuyas trayectorias se intersectan. [...] Una perspectiva ‘de contacto’ pone de relieve que los sujetos se constituyen en y por sus relaciones mutuas (Pratt 1992: 26-27).

Los discursos que se crearon alrededor de estos coincidían con la representación de la alteridad frente a estas zonas de frontera, que aunque eran terrenos potenciales para el desarrollo del país, se encontraban habitadas por lo salvaje, un salvajismo que se expresaba tanto en las condiciones geográficas de estas zonas, donde las comisiones se enfrentaban con la selva agreste, los llanos indómitos; como en los paisajes sociales que se narraban.

Casos como los de Ruperto Ferreira iban a caracterizar estos procesos colectores. Fue el primer egresado de Ingeniería Civil y Militar de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional, en su ejercicio profesional participó y dirigió varias misiones relacionadas con la construcción de las líneas de ferrocarril y la construcción de carreteras en diferentes zonas del país (Londoño 1991). De sus viajes a la región no sólo queda registro a través de sus informes, sino también la remisión de una serie de objetos que provenían de estas zonas de frontera que planteaba modernizarse con el ingreso de ferrocarriles y carreteras. De la Comisión de Límites con Venezuela donó “varios arcos y flechas de indios guajiros, inclusive unas envenenadas con el nombre de rayas” (Carta de

7 Hacia públicas mediados del siglo XIX “[e]n razón que el país había entrado en la era de los ferrocarriles, de las obras, del telégrafo, la navegación y los modernos servicios urbanos, se daba una especial importancia a la enseñanza técnica” (Torres & Salazar 2002: 203), el fortalecimiento en los procesos de formación de ingenieros coincidió con estos nuevos proyectos.

8 La identificación de estas zonas se realizó a través de la revisión de la documentación (en gran parte correspondencia e informes) del Archivo del Museo Nacional de Colombia.

Abadía Méndez al Director del Museo 1901), mientras que de su expedición a los Llanos de San Martín donó una colección de más de 50 objetos en el año de 1913.

El interés por las armas, se repetiría en otras donaciones que fueron realizadas para aquel entonces; en algunos casos la lectura que los acompañó buscó musealizar un indio indomable que estaba siendo controlado tanto discursiva como empíricamente a través de los procesos modernizadores. Cuando Pedro M. Carreño, Ministro de gobierno para 1912, dona al Museo una serie de objetos en 1913, los presenta de la siguiente forma:

Remite “ocho lanzas y un arco, arma pertenecientes a los indios salvajes del Carare, y con las cuales dieron muerte hace poco al señor Vicente Olarte O. y cuatro compañeros, quienes hacían una excursión por el río de ese nombre” (Carta de Pedro M. Carreño al Director del Museo 1913).

Años después, la imagen belicosa asociada a la donación de objetos se repetiría de la siguiente forma:

[...] le obsequio [...] un carcaj, compuesto de varias flechas de lanzas de acero y un arco de macana, pertenecientes a un cacique de la tribu de motilones [...] esa tribu indomable y altanera, tiene como enseña el no aceptar la conquista [...] sus glorias antepasadas rompieron un día los cercos de Nuestra Señora del Pilar, destruyendo los conventos [...] mataron a todos los hombres y solo perdonaron la vida a las mujeres y a las niñas. [...] Armas sencillas en apariencia, pero tremendas por sus efectos, son esas que les ofrezco, para que los niños que las vean sepan que [...] para defender el suelo patrio [no] sea necesario mucho (Carta de Joaquín Durfán Mantilla al Director del Museo 1924).

En las reservas actuales del Museo Nacional se encuentran un sinnúmero de flechas, lanzas, puntas de lanza, etc.; en el catálogo correspondiente a la colección etnográfica no es posible identificar aquellas que fueron adquiridas a finales del siglo XIX e inicios del XX, aunque seguramente reposan allí, en algún momento perdieron el valor museal con el que fueron relocalizadas en el espacio museal; la normalización disciplinaria de los años treinta del siglo XX y la generación de unas prácticas científicas en torno a los procesos de recolección, llevó a que los valores patrióticos asociados a las hazañas del progreso del país de las piezas etnográficas fueran quedando atrás.

Al respecto, vale la pena mencionar otro caso en torno a los procesos de recolección de estos objetos como curiosidad; para 1887 el gobierno colombiano realizó un Concordato con el Vaticano, a partir del cual se reconoció y autorizó la presencia de diferentes comunidades religiosas en lo que pasó a ser considerado como territorios de misión, que en gran parte correspondió con lo que para las expediciones de ingenieros eran los territorios de frontera. Bajo ambas denominaciones subyace un sentido de cobijar bajo una episteme moderna-occidental estos territorios, ya fuera civilizando o modernizando, o a través de los procesos de evangelización de las gentes. Las dos acciones correspondieron la nacionalización de lo indígena que respondió a las dinámicas propuestas para

los ideales sobre la identidad nacional durante los gobiernos conservadores de finales del siglo XIX e inicios del XX (Reyes 2009).

Para las misiones católicas, con su labor en estos territorios estaban trayendo feligreses y ciudadanos a la patria; vale aclarar que las praxis de cada misión dependían de la comunidad a la cual pertenecían, además de los permisos otorgados por el congreso; en algunos casos se autorizó la realización de expediciones que tenían como objetivo bautizar y realizar censos en los poblados indígenas, mientras que en otras ocasiones se autorizaba la construcción de una misión, lo que conllevaba la creación de internados (masculinos y femeninos), cajas de préstamo, adecuación de tierras para monocultivos, entre otras; así mismo, se habla de una presencia prolongada de los misioneros en estos nuevos pueblos misión que eran creados.⁹

Parte del presupuesto que mantenía las misiones provenía de fondos gubernamentales, así que su actividad estuvo regulada por la elaboración de informes que dieran cuenta de los trabajos que venían realizando. Los misioneros utilizaron diferentes mecanismos para legitimarse, entre los que se encuentran los litigios y debates en publicaciones periódicas locales, los informes mencionados anteriormente, la organización de una Exposición Nacional de Misiones en el año de 1924 y el envío de diferentes objetos producidos en las misiones al Museo Nacional. Este es el caso de Juan Nepomuceno Rueda, quien décadas antes en varias ocasiones remite algunos objetos desde los Llanos Orientales, presentándolos al director del Museo de la siguiente forma:

[...] remitirle unas flores de plumas, hechas por los indios que moran en las orillas del Cusiana, técnica enseñada por los misioneros [...] sírvase darles colocación en el museo que tan dignamente dirige Ud., aunque no son objetos valiosos, pero tienen el mérito de ser hechos por los indios, de revelar lo que son capaces de hacer en las artes y en las ciencias, luego de se les [inculca] en ellos la civilización cristiana que desean (Carta de Nepomuceno Rueda al director del Museo 1890).

La forma como el objeto se valora en el espacio museal en la medida en que daba cuenta de la civilización de quien lo produjo, corresponde a las acciones que se colocaban en ejercicio en los territorios de misión, donde los misioneros consideraban que:

Es cuestión de honra y causa de legítimo orgullo [...], para un Estado digno y progresista, poder mostrar ante la sociedad cómo las barreras, detrás de las cuales vivían estos seres primitivos, están cayendo destrozados merced, no a una lluvia de metralla u otros procedimientos bárbaros, sino al rasgo más noble y digno que puede ejecutar en estos casos una nación: levantar y dignificar al salvaje, perfeccionándolo y haciéndolo participante de las ventajas que reporta la vida civilizada (República de Colombia 1919: 17).

9 Para profundizar en esta temática se recomienda revisar los diferentes informes de las misiones que fueron realizados en la década del diez y el veinte del siglo XX por solicitud del gobierno colombiano.

La cristianización del otro se evidencia entonces en la valorización del objeto, como se menciona a continuación: “Entre los objetos que hallé en Casanare y que remití a Ud. figura una sarta de cuentas de los indios trabajada por ellos [...] Las cuentas simbolizan el Rosario de que los indios tienen tradición, o usan como gargantilla dejando siempre colgante la parte que representa el [Rosario]” (Carta de Nepomuceno Rueda al Director del Museo 1889).

La relación entre el gobierno, los misioneros y la entidad museal hace posible la generación de estos valores museales, las redes enlazan actores de diferentes espacios; los objetos son ‘entregados’, designando una actitud pasiva de estas comunidades que se encuentran en los territorios de misión de los diferentes Vicariatos, con esto también se legitima el poder de los misioneros en estas zonas, respondiendo al proyecto nacional de la época.

Por encargo del Excelentísimo señor Presidente de la República, tengo el honor de enviar a usted, con destino a ese Establecimiento, el arco, flechas y collares entregados por los indios motilones al Vicario Apostólico de la Goajira en la primera entrevista que tuvieron en la Sierra, el día 7 de septiembre de 1915 (Carta de Luis Carlos Correal al Director del Museo 1913).

Los ejercicios de colección en los anteriores casos instrumentalizan los objetos y sus valores en función del discurso nacional del siglo XIX e inicios del XX; aunque los procesos de emancipación se llevaron a cabo en el intersticio del XVIII al XIX, la historiografía ha mostrado como la consolidación de un proyecto nacional se extendió por más de un siglo. En este caso, el entendimiento del otro que habitaba en las zonas que fueron concebidas como frontera, de carácter epistémico, no pretende acercarse a sus sistemas de pensamientos o formas de vida, sino más bien, articularlos de forma simbólica y factual al proyecto nacional de carácter hegemónico.

Segundo espacio, la disciplinización del objeto y las prácticas científicas

Pasado casi un siglo desde que culminaran las luchas de independencia, las celebraciones centenaristas movilizaron a la creación de una serie de comisiones que sirvieron para dar lugar a hitos patrióticos que marcaron generaciones de colombianos a inicios del siglo XX (Vanegas 2010; Acevedo Tarazona 2010). A inicios del siglo se empezaron a crear comisiones específicas conformadas por intelectuales que jugaron un rol importante en las valoraciones de los objetos que fueron adquiridos e ingresaron al espacio museal.

En este caso hay una dirección del proceso colector desde un interés ‘académico-científico’ que no deja de ser partícipe de los discursos nacionales, aclarando que en algunas ocasiones llega a inscribirse en él. De esta forma quienes realizan los procesos de valoración sobre los objetos y administran sus usos en diferentes discursos son las personas que se encuentran en determinados ministerios, comisiones académicas, socie-

dades nacionales e internacionales; entonces la legitimación de éstas sobre el objeto es el que le permite un ingreso al espacio museal, comprensión que tiene lugar durante la consolidación de determinados saberes académicos y el ejercicio de quehaceres que se vuelven propios de cada disciplina. Lentamente van apareciendo los valores culturales de dichos objetos, tamizados por una lectura disciplinar moderna-occidental.

Un ejercicio colector que se puede considerar que se encuentra liminalmente entre el primer y segundo espacio, es el realizado por Jorge Isaacs en 1881, quien trabajó como Secretario de la Comisión dirigida por Manó, la cual se buscaba realizar un estudio de los tres reinos naturales de la república, con particular interés en el conocimiento y explotación de las minas, consideradas para el desarrollo material del país (Cristina 1991), de su expedición al Magdalena recolectó y entregó al museo una colección de 92 piezas, al lado de un ensayo titulado *Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*, a diferencia de los anteriores colectores, Isaacs se preocupó por acercarse a cuestiones mitológicas, las relaciones con las comunidades vecinas, entre otras; claro está, sin dejar de lado el contexto desde el cual realizó su trabajo, que más de corte etnográfico se puede caracterizar como propio del ensayo social de finales del XIX e inicios del XX.

Según Isaacs

Aparte de los trabajos de geógrafos y naturalistas competentes –no aventureros y embaucadores, sino idóneos de veras– la obra en los territorios ocupados por tribus salvajes, no solo pide administradores cultos y filántropos y labor de etnógrafos y arqueólogos; requiere misioneros de aptitudes probadas, de virtudes eximias, de mansedumbre y de perseverancia admirables. Suponíamelo así antes de estudiar las tribus del Estado del Magdalena, pero aún vacilaba; después no. Ellas son la sangre rica y sana de aquella región de Colombia, son germen valiosísimo y obligado de toda prosperidad allí; y un absurdo y caro sistema de administración, socialías fiscales, torpes abusos, vicios que los mercaderes importan y estimulan, las irritan, las embrutecen y las envenenan. Si no se acude muy pronto a combatir el mal, transcurridos cuarenta o cincuenta años, casi toda la antigua Provincia de Santamarta será desierto temible, dominio de indígenas ya implacables y feroces (1967: s.p.).

Con ello se vislumbra entre letras la zona de contacto en la que se representan los territorios fronterizos, donde se reconoce la presencia de diferentes actores con los cuales interactúan las comunidades que habitan allí, moviéndose entre los intereses académicos, económicos y administrativos.

A diferencia de los procesos de recolección que se inscribían en el primer espacio, en este caso, hay un ejercicio de reconocer una ‘cultura’ por parte de las comunidades productoras y no sólo entenderlas como un espacio de instrumentalización discursiva, con esta idea procura a su vez legitimar el hecho de realizar la comisión y el desplazamiento en sí mismo; de esta forma quien recolecta es la misma persona que participa de forma activa en el proceso de valoración museal del objeto.

[...] los estudios restantes versan sobre las tribus indígenas del Estado, las cuales demandaban preferente atención, por motivos que antes apunté, investigaciones minuciosas, esfuerzo tenaz: captarse el respeto y cariño de los jefes y sacerdotes, y el de sus allegados, lo primero; recorrer así, ya en compañía de algunos salvajes, las comarcas que habitan y los desiertos donde imperan; en el estudio de los idiomas, no perder instante propicio para la adquisición de un dato valioso, de una palabra nueva, de un giro extraño; obtener de los ancianos, mediante dones, benevolencia y astucia paciente, lo que no ha sido fácil conseguir de los jefes y médicos-sacerdotes, en lo relativo a tradiciones y creencias religiosas; conquistar el afecto de las mujeres, comúnmente agreñas y recelosas al principio, con regalos de bujerías y bagatelas, que estiman mucho para adornarse a su modo, y acariciando a los niños, tributando consideración a las ancianas; en fin, días y noches, perdido el recuerdo de número y de fechas, sin otra sociedad que la de gentes bárbaras, sin más techo, ni hogar ni cuidados que los suyos; por horizonte, lo no visto, lo grandioso, lo ignorado, y sed insaciable de eso; una impaciencia indócil a las caricias del sueño, y fuerte, sin ligaduras ni zozobras, el alma libre (Isaacs 1967: s.p.).¹⁰

De esta forma, los objetos recolectados adquieren lógica como testimonio de este viaje y hay un acercamiento a los mismos desde su propio valor cultural *in situ*. Vale mencionar que la colección (etnográfica) de Isaacs es la primera que ingresa al museo como producto de una comisión que planteó entre sus resultados un interés particular en este tema, más no como una curiosidad con la que se encontraron en el camino.

Un ejemplo de lo anterior se encuentra en las explicaciones que hace Isaacs sobre la importancia de las cuentas para las comunidades de la Sierra, donde

Zimoni llaman los businkas, y shímoni los sehiukos, las cuentas, cilindrillos y dijes de preciosas piedras, perforadas o no, a las cuales atribuyen poder curativo y eficacia de amuletos [...] Mas de los amuletos que nombro, requieren desde ahora mención singular los que representan en cornerina purpúrea cabezas informes de caballo o de animal semejante, que según los sacerdotes indígenas tienen la propiedad de hacer producir caballos vigorosos y de color alazán o castaño a las yeguas de quienes poseen tales amuletos. [...] Dos ejemplares de objetos de tal especie conseguí en la Sierra Nevada, los mismos que con los números 24 y 25 hacen parte de la colección cedida al Museo Nacional. Obtenidos otros, y dedicando a su examen algún estudio, podría deducirse quizá que representan cabezas del caballo que existió en la América del Sur (Isaacs 1967: s.p.).

En su hilo argumentativo se entrelazan las experiencias de viaje, el relato de los desplazamientos aunado a la identificación de espacios geográficos, petroglifos y recolección de los objetos; junto con algunas interpretaciones que son productos de su interacción con personas de las diferentes comunidades y un diálogo académico con publicaciones anteriores sobre la Sierra, Colombia o América, a lo largo del documento se refiere a personas como Codazzi, el Marqués de Nadaillac, Humboldt, Duquesne, entre otras. A

10 Se refiere particularmente a las siguientes referencias que se encuentran en el listado de la *Colección entregada al Museo Nacional. Objetos de uso y artefactos*. “24. Amuleto de cornerina roja, que representa la cabeza de un caballo o de un animal semejante. 25. Un id. íd. de tamaño menor” (Isaacs 1886).

pesar de lo anterior, el destino de la colección Isaacs, correría el mismo destino que las anteriores, no hay memoria presente sobre ésta y no es posible identificarla a través de los catálogos actuales del Museo, aunque la colección haya sido entregada a finales del siglo XIX al museo junto con un listado detallado de todos los objetos. En algún momento, en el trasegar del tiempo, los objetos perdieron en el espacio museal, el valor bajo el cual fueron ingresados en el mismo; probablemente permanezcan en las reservas algunos de estos nominalizados como ‘por definir’.

A inicios del siglo XX se fundó la Academia Colombiana de Historia, y desde allí en el año de 1902 se creó la “Comisión de historia nacional, secciones etnológica y artística”, la cual jugó un papel relevante en los procesos de valoración de los objetos que podían llegar a adquirir un valor museal, de esta forma una de sus primeras actividades fue la visita y revisión de las colecciones con las que se contaba; los integrantes de dicha comisión fueron Bernardo Caicedo, José María Cordovez Maure, Pedro María Ibañez, Ernesto Restrepo Tirado y Manuel G. de Pombo (Carta de Jose Joaquín Casas al Director del Museo 1902).

Casi dos décadas después se creó otro órgano con un papel similar, la “Comisión de Etnología y Arqueología”, la cual reorganizó las colecciones del Museo Nacional y creó el Museo Nacional de Etnología y Arqueología en el año de 1931. Sus actividades iniciaron con un llamado a los organismos locales para que participaran en las actividades de recolección, como lo mencionan en una de sus actas se solicitaba que:

[...] el Ministerio se ponga en comunicación con las misiones y las comisiones de colonización para que envíen donaciones y se pongan en comunicación con el Museo para continuar relaciones que pueda redundar en bien de la colección [y] solicitar un mapa para formar una etnografía de las tribus existentes o desaparecidas (Acta N° 3 de la Comisión 1931).

Junto con la creación de estas comisiones se dio un esfuerzo por direccionar los ejercicios colectores, de esta forma el museo en articulación con otras entidades empezó a organizar o apoyar algunas expediciones en las que se incluye el trabajo de recolección de objetos; este es el caso de la expedición a Aguabonita (Huila) en el año de 1918, donde el museo comisionó a Gabino Charri y Cenón M. Valencia para que realizaran un informe sobre las ruinas que fueron encontradas en dicho municipio, donde el concepto que estos emitieron fue el siguiente:

[...] en las excavaciones que practicamos encontramos restos de cerámica de las cuales enviamos algunos fragmentos al señor Director del Museo [...] Somos de concepto que el Gobierno nacional debe estar sobre aviso acerca de este [...] Entretanto el Gobierno debe auxiliar en alguna forma al indígena Ignacio Cotacio, ya por ser el primer descubridor de aquellos monumentos y primer ocupante de los mencionados terrenos, ya por ser un pobre agricultor, hombre laborioso. [...] Así se estimulará para que practique continuamente excavaciones y recoja los objetos de algún interés que encuentre y de cuenta oportuna de ello a quien corresponda (Charri & Valencia 1918).

En este se entrevén las redes que se construían alrededor del proceso colector, donde cada personaje cumplió una función que iba cambiando de sentido al objeto desde su sitio de procedencia hasta la adquisición de un valor museal. En esta medida participaron el Ministerio de Gobierno, como la entidad a la cual se destinaba el informe porque regulaba las actividades del Museo, el Director del Museo quien autorizaba el ingreso y permanencia del objeto como parte del acervo museal, los comisionados quienes emitían un juicio sobre el valor museal del mismo y el indígena que es quien encontraba e informaba sobre sus hallazgos a las entidades correspondientes.

Vale mencionar que durante las primeras décadas del siglo xx, primó la creación de comisiones que estudiaran el hallazgo de ruinas, cementerios y otros registros de carácter arqueológico; otros ejemplos de ello son la Comisión de Investigación Arqueológica que fue creada a través de la Resolución N° 80 por medio de la cual se estudió y excavó el templo del sol en Sogamoso, justamente para que emitieran un juicio sobre el mismo para confirmar que éste fuera el que correspondía a los relatos de las crónicas. Así mismo, las circulares y demás habían surtido efecto en algunos casos, donde los ingenieros informaban al Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública sobre los hallazgos que realizaban en sus trabajos y la necesidad de formas comisiones para su estudio.¹¹

Una de las primeras expediciones que incluyó la colección científica de objetos de carácter etnográfico fue la de Gustaf Bolinder, quien realizó dos viajes de investigación a Colombia, el primero de ellos corresponde a sus excursiones por la Sierra Nevada de Santa Marta, las cuales fueron auspiciadas por la Academia de Ciencias de Suecia, y el segundo fue realizado por la solicitud del gobierno colombiano. Años después de su primera visita al país, en el año de 1934 fue nombrado miembro del centro de Investigación Arqueológica y Etnológica que cooperaba con la Academia Colombiana de Historia; el insertarse en el mundo académico nacional, propició un buena atmósfera para su retorno por medio de un contrato con el gobierno colombiano.

Viajó hacia los llanos colombianos, específicamente las zonas del Meta y Vichada, junto con Ramón Carlos Góez y un oficial designado por el Estado Mayor General del Ejército; el trabajo que realizó Bolinder junto con otras personas en Colombia merece una especial atención, dado que se plantea una relación entre diferentes instituciones (museo, universidad y ministerios).

11 Entre estos se encuentran el llamado de la Société Nationale des Chemins de Ferrocarriles en Colombia, la cual se encontraba a cargo de la construcción del Ferrocarril del Nordeste en el año de 1924, quienes encuentran una serie de sepulturas en los alrededores de Suesca y solicitan al Ministerio de Instrucción y Salud Pública la creación de una Comisión Científica para su estudio (Carta del Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública al Director del Museo 1924); también es el caso del reporte realizado por Silvino Rodríguez, quien en sus terrenos encuentra una cementerio y también solicita que se remita una Comisión para su excavación y estudio (Carta de Silvino Rodríguez al Presidente de la Academia Nacional de Historia 1926).

El Ministerio de Educación realizó un contrato con Gustaf Bolinder “sobre enseñanza y algunos trabajos relacionados con la arqueología y etnografía” (Ministerio de Educación Nacional 1936), en el cual se establecieron diferentes actividades como: la realización de una serie de conferencias sobre fundamentos de arqueología y etnografía, la asesoría para la creación de una biblioteca especializada, la impartición de dos cursos en la sección de estudios históricos y geográficos de la Facultad de Ciencias de la Educación, la preparación de la colección, trabajos en la Biblioteca Nacional y algunas asesorías a la Dirección de Intendencias y Comisarías sobre temáticas relacionadas con “tribus indígenas” (Ministerio de Educación 1936).

Tanto la presencia de la Comisión de Bolinder, como la adquisición de diferentes objetos para conformar la colección que le fue solicitada, fueron probablemente mediadas por el intercambio con las diferentes comunidades indígenas con las que interactuó en su expedición, como se menciona en la siguiente carta:

A consecuencia de informes recibidos de conexiones y amigos hechos por allí, de los buenos y amables Padres, las autoridades civiles, especialmente el señor Intendente y otras personas de experiencia, se hicieron en Villavicencio y San Martín compras de importancia de mercancía para cambiar con los indios, como telas (mucho), hilazas, anzuelos, cuchillos, agujas, hilos, peñillas, mucha sal (pesada), tabaco, etc. y provisiones como café, arroz, azúcar, panela, carne seca, frijoles, dinamita, etc. (MEN, Carta de la Legación de Suecia a Gerardo Arrubla 1935).

De sus expediciones por los Llanos se recolectaron 28 bultos de material científico y objetos que fueron repartidos por partes iguales entre las dos instituciones, para Bolinder el objetivo de este ejercicio colector era:

La recolección de objetos de indígenas comprende todo objeto transportable. Consiga siempre varios ejemplares de cada cosa, si fuese posible, sin olvidar objetos de fabricación no terminados aún, por tener estos mucha importancia en el estudio de la técnica aborigen [...] háganse dibujos exactos a escala [...] hay que enumerar cada objeto enseguida y hacerse una lista de las colecciones con sus números correspondientes y una breve descripción. Una colección sin esta lista y sin los datos correspondientes, no tiene valor alguno (Bolinder 1939).

Con esto anuncia una práctica que se iba a institucionalizar posteriormente en la conformación de colecciones en el caso del Museo, y es la necesidad de acompañar el proceso de recolección con la elaboración de descripciones detalladas, procesos de identificación y elaboración de listas que permitan un entendimiento de los valores culturales que tienen estos objetos etnográficos. Anuncia, que en la medida que ello no se realice, pierden su valor; así es evidente que la valorización depende del testimonio que pueda contar el objeto sobre un contexto determinado asociado al objeto *in situ*.

La lectura de lo indígena y el trabajo etnográfico realizado por Bolinder, ubica sus prácticas entre el Museo (la colección), la Universidad (las conferencias) y el Estado;

una de sus tareas consistió en la realización del *Manual Etnográfico sobre la cuestión de los indios para empleados del Ministerio de Educación Nacional y de la Sección de Intendencias y Comisarias del Ministerio del Gobierno* (1936), donde consideraba que era necesario comprender que:

[...] la mentalidad y las costumbres de los naturales son por lo regular enteramente otras que las nuestras. Para poder gobernar bien una tribu indígena hay que saber que ideas extrañas o costumbres particulares tienen estos naturales, porque así evitan conflictos y dificultades [...] la protección o el cuidado de los indios tienen por fin evitar conflictos con los blancos y entre los indios mismos y dar a ellos una existencia de sostenimiento propio dentro de la economía mundial (Bolinder 1936).

Los trabajos de Bolinder fueron un precedente para las labores que pocos años después realizarían los estudiantes y profesores de la Escuela Normal Superior y el Instituto Etnológico Nacional; a través de dichas misiones se consolidaron las colecciones de etnografía del Museo Nacional de Colombia, son aquellas de las cuales si se guarda memoria en el presente dado el papel que se le ha atribuido a esta generación de etnólogos y arqueólogos en la historia de la antropología colombiana.

La expedición de Bolinder, abrió camino para la generación de redes entre diferentes espacios académicos que continuaron con la expedición etnológica del Museo Universitario de la University of Pennsylvania en el año de 1935, donde:

[...] El Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania proyecta una expedición etnológica a Venezuela y Colombia, que se anuncia auspiciada por el Instituto Latinoamericano y sostenida por el Museo Universitario de la Universidad de Columbia. La expedición estará a cargo de Vicenzo M. Petrullo, del Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania y comprenderá al doctor Kirchoff y su señora, de Alemania, representantes de la Universidad de Columbia, a don Lewis Korn, doña Gwyneth Browne Harrington, y a doña Lydia Du Pont, del Museo Universitario (Washington 1935).

Dado que en los años treinta se emitieron leyes particulares que regularon las expediciones y comisiones científicas, obligando que en estas se procurara la participación de investigadores nacionales, se eligió a Gregorio Hernández de Alba como parte del equipo de la comisión.

[...] este despacho en vista del fin que se propone la expedición etnológica, ha resuelto designar al Sr. Gregorio Hernández de Alba para que forme parte de la expedición con las prerrogativas y derechos que el Museo Universitario de la Universidad de Pensilvania otorga para estos casos (MEN, Carta al Ministerio de Relaciones Exteriores 1935).

Un elemento llamó la atención sobre esta comisión y es la presencia de mujeres en la misma, hasta el momento, todas las expediciones o comisiones precedentes habían sido dirigidas y conformadas por hombres, en este caso:

Causará usted sorpresa la presencia de mujeres en la expedición; este elemento femenino puede ser sin embargo útil pues además de que prestarán servicios como ayudantes generales, se espera podrán ocuparse de estudiar aquellos aspectos peculiares de la cultura de las mujeres goajiras que, por razón del fetichismo, no puede hacerlo un hombre (The University Museum, University of Pennsylvania 1935).

La participación de Hernández de Alba en esta expedición sólo fue una de las primeras acciones que marcarían el ejercicio profesional de este personaje, quien tuvo un papel relevante en la normalización de la disciplina antropológica en los años treinta y cuarenta del siglo pasado. En 1938, con motivo de las celebraciones del cuarto centenario de Bogotá, propuso la realización de una Exposición Arqueológica y Etnográfica que tenía como objeto:

[...] en vista del olvido que se la remembranza indígena se nota en los programas oficiales, una Exposición de objetos indígenas de Colombia, consiguiendo para ello el apoyo del Museo Nacional, los coleccionistas particulares del país y vendedores de antigüedades para la recolección de piezas, y el apoyo monetario del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Bellas Artes y la Alcaldía de Bogotá (Sociedad Colombiana de Arqueología 1936).

El valor museal del acervo etnográfico se había modificado a través del tiempo, al igual que los actores que participaban (de forma activa y pasiva) en los procesos de musealización y los mecanismos de recolección. La cientifización sobre el conocimiento del otro había dado lugar a la aparición de valores culturales que habían sido invisibilizados en la mirada curiosa del misionero o el administrador local; asimismo, el Museo, como institución estatal, no perdería su sentido nacional, con todo lo que esto conlleva, dando cuenta de los enfrentamientos, encuentros y desencuentros entre quienes la conforman, así como las tensiones de poder respecto a quien se le designa la autoridad legítima de nominalizar y las estrategias a las cuales recurre para realizarlo.

La temporalidad de las representaciones es testimonio de las distintas formas como se han relacionados los actores y comunidades en determinados territorios. El objeto etnográfico puede ser muestra testimonial de unos procesos de modernización y evangelización, contando las luchas por el ordenamiento de un territorio geográfico y social, como ocurría en el primer espacio analizado; puede ser también testigo de la existencia de un(s) otro(s) en la zonas que fueron designadas como de frontera, presentando los valores culturales de los mismos, aunque continúe insertándose en determinados discursos sobre lo indígena que pretenden una acción sobre sus prácticas.

Las tensiones en torno a la forma como se recuerda la cientifización del otro y los valores museales que quedan en la memoria, hacen que las historias acá relatadas y brevemente analizadas no estén inscritas de forma notable, haciendo que los ejercicios de recuerdo y olvido hagan parte de la constitución del acervo. La identidad de estos objetos, que son a su vez testimonios de épocas y contextos determinados, ha ido quedando

relegadas en el olvido; aún es necesario profundizar en cada una de las prácticas de musealización que fueron mencionadas en este documento, así como otorgarles algunos recuerdos a muchas de las piezas que hoy se encuentran sin identificar en las reservas del Museo, probablemente algunas correspondan a aquellas que fueron testigos de todos estos encuentros, de las complejas interacciones entre funcionarios y académicos con diferentes comunidades indígenas, siendo parte de las agencias y tensiones ejercidas en estas zonas de contacto.

Referencias bibliográficas

Archivos

Archivo General de la Nación (AGN).
 Archivo del Museo Nacional de Colombia (AMNC).

Documentos inéditos

Bolinder, Gustaf

1936 Carta de Gustaf Bolinder a Darío Echandía (MEN). Bogotá: AGN.
 1939 Textos de conferencias (MEN). Bogotá: AGN.

Carreño, Pedro M

1913 Carta de Pedro M. Carreño al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Casas, Jose Joaquín

1902 Carta de José Joaquín Casas al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Charri G., Gabino & Cenón M. Valencia

1918 Copia del informe que rinden al Ministerio de Gobierno los señores Gabino Charri G. y Cenón M. Valencia sobre unas ruinas encontradas en Aguabonita cerca de La Plata, Huila. Bogotá: AMNC.

Comisión de Etnología y Arqueología

1931 Acta N°3 de la Comisión de Etnología y Arqueología. Bogotá: AMNC.

Correal, Luis Carlos

1913 Carta de Luis Carlos Correal al Director del Museo Nacional. Bogotá: AMNC.

Durfán Mantilla, Joaquín

1924 Carta de Joaquín Durfán Mantilla al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Isaacs, Jorge

1886 Lista de la colección entregada al Museo Nacional. Bogotá: AMNC.

Méndez, Abadía

1901 Carta de Abadía Méndez al Director del Museo. Bogotá: AMNC.

Ministerio de Educación Nacional (MEN)

1935 Carta de la Legación de Suecia a Gerardo Arrubla. Bogotá: AGN.

- 1935 Carta al Ministerio de Relaciones Exteriores. Bogotá: AGN.
 1936 Contrato con Gustavo Bolinder sobre enseñanza y algunos trabajos relacionados con la arqueología y etnografía. Bogotá: AGN.
- Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública
 1924 Carta del Ministerio de Instrucción y Salubridad Pública. Bogotá: AMNC.
- Nepomuceno Rueda, Juan
 1889 Carta dirigida al Sr. Fidel Pombo. Bogotá: AMNC.
 1890 Carta dirigida al Sr. Fidel Pombo. Bogotá: AMNC.
- Rodríguez, Silvino
 1926 Carta de Silvino Rodríguez al Presidente de la Academia Nacional de Historia. Bogotá: AMNC.
- Sociedad Colombiana de Arqueología
 1936 Proposición presentada por los socios Guillermo Fischer y Gregorio Hernández de Alba. Bogotá: AGN.
- University of Pennsylvania, The University Museum
 1935 Carta de The University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia al MEN. Bogotá: AGN.
- Washington, Walter
 1935 Carta de S. Walter Washington, Legación de EUA. Bogotá: AGN.

Fuentes primarias (bibliográficas y hemerográficas)

- Gaceta de Colombia
 1826 *Gaceta de Colombia* 222. Bogotá: Museo Nacional.
- Pombo, Fidel
 1881 *Breve guía del Museo Nacional, 20 de Julio*. Bogotá: Imprenta de Colunje i Vallarino.
- República de Colombia
 1919 *Las misiones católicas en Colombia. Labor de los misioneros en el Caquetá y Putumayo, Magdalena y Arauca. Informes, años 1918-1919*. Bogotá: Imprenta Nacional.

Fuentes impresas

- Acevedo Tarazona, Álvaro
 2010 El primer centenario de Colombia (20 de julio de 1910): Unidad nacional, iconografías y retóricas de una conmemoración. *Revista Credencial Historia* 252. <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/diciembre2010/centenario.htm>> (16.10.2017).
- Acosta, Olga Isabel y María Catalina Plazas
 2011 *El manto o acso de la mujer de Atahualpa ¿Una prenda de la última reina del Perú?* Cuadernos de Curaduría, 12. Bogotá: Museo Nacional de Colombia. <http://www.museonacional.gov.co/imagenes/publicaciones/El_manto_o_acso_de_la_reina.pdf> (16.10.2017).
- Chaves, Milcíades
 1986 *Trayectoria de la antropología colombiana, 1930-1960, de la revolución en marcha al Frente Nacional*. Bogotá: Editorial Guadalupe/Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (COLCIENCIAS).

- Cristina, María Teresa
1991 Jorge Isaacs. En: *Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores, tomo de biografías*. Colombia: Círculo de Lectores.
- Dussán de Reichel, Alicia
1984 Paul Rivet y su época. *Correo de los Andes* 26: 70-76.
- Desvallées, André & François Mairesse
2009 *Conceptos claves de museología*. Colección Digital de Bellas Artes. S./l.: Armand Collin.
- Isaacs, Jorge
1967 *Estudios sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena*. <<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/tribus/indice.htm>> (23.08.2017).
- Londoño, Santiago
1991 Ruperto Ferreira, ingeniero, ministro y pintor. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 28(28): 3-15.
- Pineda C., Roberto
1998 Paul Rivet: Un legado que aún nos interpela. En: Landaburu, Jon, Tulio Rojas Curieux & Ana María Ospina: *Documentos sobre lenguas aborígenes del archivo de Paul Rivet*. Vol 2. Bogotá: Universidad de los Andes/Centro Colombiano de Estudios en Lenguas Aborígenes (CCELA).
- Pineda Giraldo, Roberto
1999 Inicios de la Antropología en Colombia. *Revista de Estudios Sociales* 3: 29-42. <<http://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res3.1999.02>> (16.10.2017).
- Pratt, Mary Louise
1992 *Ojos imperiales, literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Reyes, Aura Lisette
2009 *Ideas antropológicas, relación de discursos. Antropología en la transición de siglo XIX-XX*. Tesis de maestría. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez, María Paola
2013 *Le Musée National de Colombie 1823-1830, histoire d'une création*. Paris: L'Harmattan.
- Segura, Martha
1995 *Itinerario del Museo Nacional de Colombia 1823-1994*. Tomo I, cronología. Bogotá: Museo Nacional de Colombia/Instituto Colombiano de Cultura.
- Serje, Margarita
2005 *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología/Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales/Ediciones Uniandes.
- Torres, Jaime & Luz Amanda Salazar
2002 *Introducción a la historia de la Ingeniería y de la Educación en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vanegas, Carolina
2010 Representaciones de la Independencia y la construcción de una 'imagen nacional' en la celebración del centenario en 1910. En: *Las historias de un grito. Doscientos años de ser colombianos. Exposición conmemorativa del Bicentenario 2010*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 104-127.